

Huye la luz

Malva Flores

Señora de la luz y del fulgor nocturno, soy tu sierva. Ese es mi noviciado y es mi gozo limpiar cada noche tus heridas, en tu sangre purificar mi alma.

Cuántas veces he querido recostarme junto a tu piel blanquísima y besar la cruz que divide tu pecho. Cuántas más he deseado que blandieras el flagelo contra mi carne aprendiz. Pero ese privilegio está reservado a quienes hablan con Él y en Él reconfortan sus miserias.

De día vigilo tus pasos sigilosos. Caminas con ellas –las que son como tú– por los largos pasillos que conducen al atrio. Es mi deber seguirte en la casa del silencio y aprender de ti la elevación dulcísima.

Escondes el cuerpo en los ropajes negros para ocultar la luz dormida entre tus piernas. Y porque esa luz alcance el cielo, cada noche la despierto con agua: a Dios sólo se encuentra en la pureza, dices.

Fruto tus hombros y perfume tus axilas. Lavo cumplidamente tus tobillos y tus muslos. Mas no me purifica el agua que me toca. Abro tus piernas y la luz me traspasa sin quedarse. Dejas que huya para alcanzar la noche.

Limpio con el silicio tus faltas y mi mano lo empuña temblorosa. Hilos rosados escurren por tu espalda y bajan por tu cadera y tus ingles. Quisiera que tu sangre expiara mis desvelos pero es tan poca que limpiarla con mis labios o mi lengua no me basta.

Señora de la luz, señora del fulgor nocturno, soy tu esclava y ahora sé que ya nada ha de salvarme. He soñado en tu sueño, sentada en el piso, junto a tu cama dura. He vigilado tus noches doloridas, tus sollozos quedos. He peinado tu cabello, siempre callada, atenta a tus murmullos. Pero Él se queda contigo y de día florece en los pliegues de tus hábitos.

Hoy abrí tu vientre y me empapé en tu sangre tibia. Hoy besé tu boca sin respiro y mordí tus pechos y tus manos. Pero tu sangre se ha secado en mi garganta y la luz ha huido con la noche. ◇